

UNA DEFENSORA DE LAS PERSONAS DESPROTEGIDAS Y VULNERADAS

POR SUB.COP
POR TALI GOLDMAN

Modelo de abogada

El nombre de Elizabeth Gómez Alcorta trascendió cuando la jurista tomó el caso de Milagro Sala. Pero su andar por el camino de los derechos humanos había empezado muchos años antes de la explosión mediática.



El viernes 29 de enero de 2016 Elizabeth Gómez Alcorta estaba en el Congreso Nacional participando de una manifestación contra los trabajadores despedidos. Habían hecho una “ñoquiada”, una parodia al concepto de “ñoqui” que había instalado el macrismo como sinónimo de trabajador estatal. En medio del caos recibió un mensaje de whatsapp: “Che, ¿cómo te ves de abogada con el gorrito coya?”. Elizabeth no entendía nada. “¿Qué?”, le respondió sorprendida. “Eli, ¿te animarías a ser la abogada de Milagro Sala? Se están tirando nombres en la Asamblea de Jujuy y el tuyo suena muy fuerte”. Al rato recibió el llamado de Horacio Pietragalla, nieto recuperado y actual ministro de Seguridad de Santa Cruz. Le dijo lo mismo, que la detención de la líder de la Tupac Amaru hacía diez días no parecía tener un desenlace en el corto plazo y que el caso se estaba poniendo más difícil de lo que pensaban. Le dijo que ella era el perfil que estaban buscando, que tenía que ser “de Buenos Aires, penalista y compañera” y que tenía que viajar con urgencia: ese domingo. Elizabeth le pidió unas horas para pensarlo. Desde el 10 de diciembre de 2015, cuando asumió Mauricio Macri, ella sabía que no iba a aguantar mucho más tiempo como coordinadora del Programa Verdad y Justicia del Ministerio de Justicia de la Nación. Sentía que su ciclo estaba cumplido, que ideológicamente no podía trabajar para esta nueva gestión. Llamó a Lisandro, el papá de su hijo Camilo de seis años, que

Era realmente un salto al vacío. Sabía que nunca más tendría los beneficios de empleada judicial y también sabía que la carrera que seguramente la convertiría en jueza había llegado a su fin. Pero ella estaba segura de su decisión.

también es abogado. Para ella era importante saber si contaba con su respaldo.

–Te recontra re banco –le dijo.

Ese domingo estaba en un avión viajando a Jujuy. Todavía no sabía en qué se estaba metiendo.

Era septiembre de 1983, faltaba un mes para las elecciones tan esperadas después de siete años de dictadura cívico-militar. Elizabeth tenía diez años y fue junto a su padre a uno de los cierres de campaña del entonces candidato radical Raúl Alfonsín en San Isidro. Era un garaje en el que entraban alrededor de

100 personas. Cuando terminó, Raúl Gómez Alcorta se acercó al flamante candidato y le dijo:

–Esta es la que estaba en la panza en el 72.

Alfonsín le tocó la cabeza a la pequeña que, sin saberlo, estaba participando de su primer acto político con el futuro presidente.

Raúl y Haydée Gómez Alcorta eran militantes radicales de Renovación y Cambio desde los 15 años. Si bien el doble apellido provenía de una familia de la oligarquía santiagueña, Raúl nunca tuvo ningún vínculo. Empleados de clase media que se vinieron cuesta abajo después del Rodrigazo en 1975. Sin un mango, decidieron mudarse a los monoblocks de Boulogne, en San Isidro, un barrio obrero con 1.500 departamentos. Era una casa chica: Elizabeth y sus dos hermanos dormían en una sola habitación. Si bien tenían una fuerte identidad Los Ranchos, así le dicen al barrio donde vivían, los Gómez Alcorta iban a una escuela pública en Martínez pese a que había otras mucho más cerca. Pero no solo esa identidad del “adentro y del afuera” se la dio la escuela. Raúl quería que sus hijos hicieran deporte en un club y por la zona había dos: El Pueyrredón, que estaba descartado porque era de origen inglés, y los Gómez Alcorta eran “anti ingleses”, y el SIC, uno de los clubes más elitistas de zona norte.

–En los monoblocs éramos los rubios que hacíamos deporte en el SIC y en el SIC éramos los negros

que vivíamos en los monoblocs e íbamos a la escuela pública— recuerda entre risas Elizabeth en su estudio de la calle Perón, en el centro de Buenos Aires.

A los diez días de haber entrado al Nacional San Isidro, la rubia adolescente fue a la reunión del Centro de Estudiantes y se postuló como delegada de su división: le interesaba hacer política. Participaba de las tomas, asambleas, imprimía en el mimeógrafo la revista *Minga* que hacían entre los estudiantes y cuando ya estuvo en quinto año, fue electa como presidente del organismo de representación estudiantil. Allí obtuvo su primera victoria política: logró por primera vez que las elecciones de la comisión directiva fueran por voto directo.

También en quinto año le habían hecho varios tests vocacionales. En todos le salía que tenía que estudiar Ciencia Política. Era realmente lo de ella y estaba decidida. Junto a su novio de ese momento, fueron a inscribirse al CBC. Pero por alguna razón que en ese momento no tenía explicación, Elizabeth no se anotó en Ciencia Política, se inscribió en Derecho.

—Nunca quise ser abogada. Después de años de terapia, entendí que era el deseo de mi viejo y no el mío.

Aún faltaba mucho (demasiado) para que estuviera satisfecha con su elección de adolescente.

La carrera no le gustaba, la aburría y no le interesaba en lo absoluto. Mientras estudiaba habían decidido con su hermana sacar un crédito



para comprarse su propia casa en los monoblocs de Boulogne. Así que para pagar el crédito, Elizabeth cuidaba chicos, era preceptora y bibliotecaria. Acumulaba experiencias de vida pero ninguna en el Derecho, es más, pensó dejar a mitad de camino. Pero unos meses antes de recibirse, en 1996, cursó la materia Derecho Penal Juvenil con la entonces jueza Lucila Larrandart. Le fue muy bien, como en toda la carrera, pero Lucila detectó algo especial en Elizabeth y le ofreció ser ayudante. Dijo que sí y, sin saberlo, ese sería el inicio de su verdadera vocación.

Elizabeth estaba realmente perdida. Tenía 23 años, un diploma de honor que le había servido para conseguir su primer trabajo como abogada en una empresa de cartelería en la vía pública, a raíz de un aviso clasificado de *Clarín*. Lo único que la motivaba era su incipiente militancia en la Fundación Pelota de Trapo, el espacio que había fundado Alberto Morlachetti en Avellaneda. Pero, otra vez, el llamado de la jueza Larrandart cambió su vida.

—Quiero que vengas a trabajar conmigo al juzgado, hay un espacio vacante.

–Pero, Lucila, yo nunca trabajé en Tribunales, nunca hice un oficio, no tengo idea.

–Mejor.

Elizabeth comenzó así su carrera judicial y su vinculación con gente que después sería clave en su vida. Como “pichona” de Larrandart, compartía asados con Eugenio Raúl Zaffaroni, Esteban Righi y otros personajes que años después se convertirían en jueces supremos y procuradores. Pero para ella eran tan solo “los amigos de Lucía”.

Durante diez años, Elizabeth fue escalando posiciones en lo que ella denomina “la isla de Tattoo”, una manera irónica de denominar al Poder Judicial, donde ganaba más que su madre y su padre juntos, se iba de vacaciones 45 días y tenía un régimen de estabilidad y horarios.

–Pero siempre tenía la sensación de que me estaba perdiendo algo, te aleja de la gente, de la realidad, es un mundo paralelo.

Mientras tanto, Eli le venía dando una mano a un amigo del secundario, el abogado Tomás Ojea Quintana, que llevaba la querrela del primer juicio que una nieta restituida les hacía a sus apropiadores. Era el caso de María Eugenia Sampallo Barragán. Pero como trabajaba en el Poder Judicial no podía firmar nada. Finalmente, en 2009 le dieron fecha de juicio.

–¿Qué vas a hacer, Eli? –le preguntó Ojea Quintana.

“Es una mujer brillante tanto en lo humano como en lo técnico. [...] Si tuviera que elegir una escena de todo este tiempo sería la de su alegato en el juicio de los huevos. Escucharla fue como una reivindicación de todo este año de lucha, en el cual Milagro fue bastardeada.”

(Sabrina Roth)

–Voy a renunciar al Poder Judicial, quiero ser abogada en esta causa.

Era realmente un salto al vacío. Sabía que nunca más tendría los beneficios de empleada judicial y también sabía que la carrera que seguramente la convertiría en jueza había llegado a su fin. Pero ella estaba segura de su decisión.

–Ahora sí quería ser abogada, lo otro había sido una mentira.

Como todo en su vida, Elizabeth se metió de lleno. En el juicio a los apropiadores de Sampallo Barragán había conseguido sentencias inéditas y eso la fue llevando a vincularse con más familiares de detenidos y desaparecidos y a foguearse entre los organismos de derechos humanos. Así fue como entró a trabajar al Instituto Espacio para la Memoria (IEM), que comandaba Eduardo Tavani y que tenía la custodia de los ex centros clandestinos de detención.

Para Tavani, “Eli es una militante popular y a la vez una abogada del pueblo. Estudiosa, responsable, muy generosa y de una honestidad a toda prueba. Una verdadera intelectual orgánica de los vulnerados con un saber profundo de su oficio, dispuesto a las mejores causas, un saber que es a la vez contrapoder. Nunca neutral, nunca objetiva, y es capaz de desplegar su magisterio en el aula, ante el tribunal, y en la barricada”.

En ese momento crea, junto a otros colegas, el Movimiento Profesional para los Pueblos (MPP), una asociación de abogados que se define a sí misma con el objetivo de “contribuir a satisfacer las demandas coyunturales e históricas de los movimientos sociales y populares”.

Elizabeth pasa por la Unidad de Lesa Humanidad de la Procuración General de la Nación y luego entra al programa Verdad y Justicia en el Ministerio de Justicia que comandaba el ex abogado de Abuelas de Plaza de mayo, Luciano Hazan.

“Eli es una defensora de los Derechos Humanos, es el mejor título para definirla a ella. Es una persona que se involucra absolutamente sobre todo cuando se trata de personas desprotegidas y vulneradas.”

(Luciano Hazan)

“Eli es una defensora de los Derechos Humanos, es el mejor título para definirla a ella. Es una persona que se involucra absolutamente sobre todo cuando se trata de personas desprotegidas y vulnerables. Una vez que ella se sensibiliza con un tema, pasa a ser la persona más comprometida y eficaz”, la define Hazan.

“*Milagro Sala está presa por ser mujer*’, con la frase que dijo hace unos días y la voz ‘de Barrio Norte’ con la que esta mañana trataba de ‘vos’ a la líder de la Tupac Amaru, la abogada Elizabeth Gómez Alcorta

llamó la atención de las redes sociales durante el primer juicio oral de su defendida”. Así comenzaba la nota del diario *Clarín* titulada “La abogada de Milagro Sala, una chica de San Isidro fanática del Che”, el 15 de diciembre de 2016, al día siguiente del primer juicio oral que enfrentó Sala.

Elizabeth realmente llamó la atención por su argumento, por su locuacidad y porque claro, en el estereotipo social es una mujer de doble apellido, de Barrio Norte y de tez blanca, cómo es que iba a defender a una líder social, de tez negra y coya.

Para Sabrina Roth, la vocera de Milagro Sala, Elizabeth “es una mujer brillante tanto en lo humano como en lo técnico. Buena compañera, buena persona, solidaria, comprometida. Si tuviera que elegir una escena de todo este tiempo sería la de su alegato en el juicio de los huevos. Escucharla fue como una reivindicación de todo ese año de lucha, en el cual Milagro fue bastardeada, y todos los de la Tupac, estigmatizados. Esa presentación que duró poco más de dos horas fue de pleno disfrute, la sensación de que, más allá de lo que se dictara, hacía justicia al poner en evidencia todas las arbitrariedades del proceso y de poner negro sobre blanco todas las mentiras que se habían dicho durante tantos años”.

Elizabeth conocía de oído y por los medios a Milagro Sala y su obra en Jujuy. La primera vez que la visitó en el Penal de Alto Comedero no se sintió cómoda: Milagro la miraba mal.

–Durante mucho tiempo la Flaca me midió, y estaba bien, no me conocía, no confiaba
–reflexiona Elizabeth.

Sin embargo, también entre ellas hubo un click. Un día viajó a Jujuy y fue sola a verla al penal, siempre iba con otra gente.

–Ahí cambió todo, charlamos largo y tendido, nos conocimos y entablamos un vínculo de confianza.

Elizabeth se animó, por primera vez, a competir con un cargo electoral y en las últimas Primarias Abiertas Simultáneas y Obligatorias (PASO) compitió en la interna de Unidad Ciudadana como candidata a diputada por el espacio Participación Popular que encabeza Itai Hagman. No pudieron alcanzar el número para entrar en las listas pero para Eli fue el comienzo de una experiencia.

Desde el 29 de enero de 2016, la vida de Elizabeth Gómez Alcorta dio vueltas como una tómbola: no es fácil ser la abogada de la primera presa política del macrismo. Pero si de recompensas se trata, Eli tuvo la mejor. Cuando fue a buscar a su hijo Camilo de 6 años al colegio, las maestras le mostraron un dibujo que había hecho bajo la consigna de qué quería ser cuando fuera grande. Con marcadores se podía ver la figura de una mujer tras las rejas y otra afuera con algunos corazones. Cuando le preguntaron qué era eso, respondió:

–Quiero ser abogado como mi mamá, para sacar a mujeres de la cárcel. 